

LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS DE QUEBEC: 300 AÑOS DE PRODUCCIÓN Y CONSUMO DEL MANUAL ESCOLAR

*Paul Aubin fsc
Centre interuniversitaires d'études québécoises
Université Laval*

RESUMEN

El autor propone una historia básica del desarrollo de los manuales escolares en Quebec, desde el siglo XVII, y sobre todo por parte de los Hermanos de las Escuelas Cristianas como consumidores, productores y reguladores de dicho campo. El artículo se convierte en una invitación a desarrollar este tipo de análisis en los demás países donde La Salle ha desarrollado su labor educativa, como una contribución al desarrollo de la historia de la Pedagogía.

Palabras-clave: manuales escolares, editoriales, enseñanza, catecismos, Instrucción Pública, Hermanos de las Escuelas Cristianas.

INTRODUCCIÓN

Quebec se presenta como un laboratorio particularmente rico en posibilidades de análisis comparativos con otras culturas. Esa sociedad, surgida mayoritariamente de dos grandes corrientes migratorias del oeste de Europa, después de haber más o menos asimilado las aportaciones extranjeras, intentó crear su propio modelo tratando de incluir en él las culturas que la precedieron en esa tierra y las que, recientemente, han coloreado su paisaje. Este vaivén, por no decir esa ambigüedad, impregna todos sus productos culturales, comenzando por la literatura que, desde hace tres siglos, se usan para la enseñanza.

Grandes productores y consumidores de manuales escolares en Quebec como en todo el mundo, los Hermanos de las Escuelas Cristianas (FSC) se han insertado en esa corriente: comenzaron reciclando en Quebec los manuales de Francia antes de publicar su propia literatura pedagógica adaptada a las necesidades locales.

Las reflexiones que siguen sobre la evolución del manual escolar en territorio Quebequés y el lugar ocupado por los FSC se articulan en torno a tres ejes que sirven de pivotes a dichos impresos pedagógicos: los consumidores, los productores y los reguladores.

Podría ser tentador reducir todo el periodo de la Nueva Francia – el territorio del actual Quebec formaba entonces parte del imperio colonial francés – recordando la ausencia de toda imprenta y la carencia de toda estructura estatal que enmarcase el mundo escolar para llegar a la conclusión que no existían manuales. Por más embrionario que fuese, el sistema escolar ofrecía, sin embargo, un primer mercado, desde las “escuelas superiores” a las “escuelas elementales”, pasando por las escuelas profesionales.

Existían pocos potenciales compradores para una producción forzosamente extranjera. Publicado en París en 1702 por el segundo obispo de Quebec, el *Catecismo de la diócesis de Quebec* fue elaborado en gran parte en Francia por un francés, Mons. de St-Vallier, y tuvo una circulación más que restringida en la colonia, como consecuencia de los avatares de la guerra de sucesión de España. Treinta años más tarde y ante la imposibilidad de poder conseguir ese primer catecismo, Mons. de Pontbriand introduce el catecismo de la diócesis de Sens. Los obispos no son los únicos agentes de difusión de los manuales de Francia en Quebec. A Antoine Forget, laico francés llegado a Montreal en 1701 para enseñar con los Sulpicianos tras haber sido formado en el seminario de maestros rurales de los FSC de París, se le promete que su antiguo profesor y director de dicha escuela normal, el Hermano Nicolas Vuyart, le enviará lo que ha pedido para sus alumnos; sabemos, además, que según la *Guía de las Escuelas*, directorio oficial de la comunidad en materia de enseñanza, los libros destinados a los alumnos, en aquella época, eran un libro de oraciones, el silabario, un libro de lectura en escritura cursiva, un tratado de urbanidad y un salterio. Podemos, por tanto, deducir que esos fueron los libros solicitados por Forget a su antiguo mentor, pero no podemos ir más allá por el momento en la identificación formal de los manuales que circulaban en aquellas “escuelas elementales”.

La presencia de los FSC en el paisaje escolar de Quebec en Nueva Francia puede también ser conocido gracias al inventario de las bibliotecas. François Charon había fundado, en Montreal, una comunidad dedicada a la vez a los servicios hospitalarios y a la educación. El inventario de la biblioteca de la comunidad, en 1747, señala *Las reglas de la urbanidad*, cinco ejemplares y *Los deberes del cristiano*. La similitud de los dos títulos con obras publicadas por el fundador de los FSC en 1703 no nos permite afirmar que se trate de las mismas obras, pero las circunstancias abogan en favor de esa hipótesis. A partir de 1707, y hasta su muerte en 1719, François Charon realiza varios viajes a Francia para consolidar su naciente comunidad; hasta se llega a encontrar con las autoridades de los FSC que consideran seriamente el envío de Hermanos a Nueva Francia. Esta primera tentativa no tiene consecuencias pero las negociaciones se reanudan veinte años después y desembocan en el envío de dos FSC en 1737 para un viaje de exploración. El hecho es que el análisis realizado por los dos emisarios condujo a la negativa de la implantación de la comunidad de los FSC – señalemos que este viaje tiene lugar diez años antes del inventario de la biblioteca de los Hermanos Charon -, no por ello es menos cierto que los vínculos entre las dos comunidades podrían explicar la presencia de esos dos manuales lasalianos en una biblioteca de Montreal durante la primera mitad del siglo XVIII.

A los productores y consumidores de manuales, hay que añadir los reguladores. La educación en Nueva Francia es, cosa sorprendente, asunto de la Iglesia; la ordenanza del intendente Dupuy en 1727 recuerda que, para dedicarse a actividades de enseñanza, es necesario el permiso del obispo. No solamente los obispos procuran proveer a las escuelas con catecismos, sino que controlan los impresos que se colocan en manos de los alumnos: el *Ritual* de Mons. de St-Vallier en 1703 recuerda que el Vicario general, en la visita a las escuelas, debe asegurarse de que los niños no lean en libros malos.

El balance de los más o menos 150 años de presencia discontinua de los franceses ahora arraigados en el suelo de Quebec es, pues, más que somero: algunas decenas de escuelas, algunos miles de alumnos que utilizan un cierto número de manuales de los que no sabemos gran cosa. El cambio de sumisión de 1763 invierte completamente las tornas: no solamente los nuevos maestros son de lengua y de religión diferente sino que la toma de posesión de Nueva Francia por Inglaterra significa la llegada de una nueva ola de emigrantes que querrá, también ella, ser instruida en su lengua. Finalmente, dos cambios notables: la instalación en Quebec de un primer impresor llegado de Philadelphia significa la posibilidad de producir localmente el material pedagógico, y la llegada de los FSC a Montreal en otoño de 1837 puede ser vista como el inicio de la gran influencia de las comunidades religiosas en el sistema escolar de Quebec.

1763-1839

Los ochenta años que siguen, hasta 1840, están marcados por la aparición de las primeras estructuras estatales que intentan guiar la práctica escolar, estructuras todas ellas efímeras y que agrupan a una población escolar aún embrionaria pero que ya indican la dirección que tomará la enseñanza.

Esta recién estrenada intervención del estado en la esfera de la educación se manifiesta tímidamente hasta en la producción y el consumo de los manuales. Los reglamentos prevén que “se seguirá un sistema uniforme en las escuelas, prescribiendo, en la medida de lo posible, los libros que se utilizarán, según una lista que se elaborará para las escuelas pertenecientes [sic] a cada iglesia, por los administradores de la institución respectivamente, que son miembros de esa iglesia”. Por vez primera, se preocupan por la uniformidad de los manuales y no será la última; además, se encarga a las dos iglesias acreditadas de proveer a la implantación de dicha política. La ley de 1829 pide a los inspectores incluir en sus informes la lista de los “libros que se utilizan”. Otra intervención estatal: por dos veces, el parlamento financia la producción de ciertos manuales, ya sea la publicación de un libro de aritmética de William Morris en 1833, ya sea la traducción al francés del tratado de agricultura de William Evans en 1836.

Los productores de manuales no esperaron la intervención del estado para ponerse a la tarea. Desde 1765 hasta 1839 se imprimieron en Quebec 142 manuales, es decir, una media de algo menos de dos por año. Esta media se duplica durante la década de 1830, signo evidente del aumento de la clientela gracias a las nuevas escuelas abiertas en virtud de la ley de 1829: mientras que menos de 12.000 alumnos acudían a las escuelas primarias en 1828, siete años más tarde se cuentan más de 50.000. Así pues existiendo mercado, habrá productores.

Unos sesenta autores formalmente identificados escriben para las escuelas. Entre ellos encontramos una quincena de miembros del clero, desde un obispo para el catecismo de 1765 hasta profesores de seminarios, como los Padres Pigeon y Holmes o los Sulpicianos Rivière y Houdet. Lo que no deja de sorprender, teniendo en cuenta el estado embrionario del sistema escolar, es la proporción de profesores que elaboran manuales; más de la mitad de los autores tienen por oficio la enseñanza. Aunque algunos, como Joseph Laurin, notario de formación y profesor durante un tiempo en el colegio de Sainte-Anne-de-la-Pocatière, escriben para pagar las deudas contraídas durante sus estudios, otros inauguran la tradición de los profesores de carrera que, al encontrarse ante manuales deficientes o simplemente inexistentes, desearán colmar esa laguna a partir de su propia experiencia sobre el terreno.

A la redacción hay que añadirle su gemelo: la edición. Iniciada por un único editor en 1765, la producción de manuales escolares reúne, al final de la década de 1830, a más de sesenta impresores-

editores que dan testimonio a la vez de una nueva realidad cultural, de la ampliación de los lectores y de una realidad socioeconómica diversa; los editores anglófonos seguirán acaparando, por un tiempo más, la mayoría de la producción de los textos, independientemente de la lengua en que estén escritos. Pues el paso del imperio colonial francés al de Inglaterra modifica el reparto: en adelante habrá que tener en cuenta una nueva realidad lingüística. De los 142 títulos, 32 de ellos, es decir, el 22% están en inglés, comenzando por un catecismo para anglo-católicos en 1778. La edición de los manuales no se reduce automáticamente a una u otra de las dos comunidades lingüísticas pues los editores anglófonos publican un buen número de manuales en francés, puesto que el mercado obliga; la industria comienza incluso a adaptarse a esa realidad: la misma firma de Quebec, según que publique manuales en francés o en inglés, se identifica como “Nouvelle imprimerie” o “New printing office” y un primer manual bilingüe aparece en 1828.

Aunque los autores quebequeses que actúan en Quebec se dedican pronto a la redacción de manuales – en 1770 el Jesuita francés La Brosse publica, para los Montagnais, un libro de oraciones que cumple la función de abecedario –, la escasez de los efectivos obliga a proveerse en ultramar. De Francia llegarán el 26% de los libros puestos a disposición de los alumnos – aquí contabilizamos únicamente los escritos impresos o reimprimados en Quebec, dejando de lado voluntariamente las compras de manuales del extranjero de los que dan testimonio los encartes publicitarios en los periódicos – y el 13% de Inglaterra incluyendo un primer aporte de los Estados Unidos. Al igual que los autores locales, los extranjeros son mayoritariamente tanto profesores como ministros de alguna de las confesiones religiosas.

No solamente hay más alumnos y, en consecuencia, más compradores, sino que el espectro de las disciplinas ofrecidas a la clientela se amplía y la aparición de títulos publicados en Quebec para nuevas disciplinas da prueba de ello. Así pues, hay que hablar necesariamente de primicias: Gramática Francesa en 1778, Gramática Latina en 1796, Lectura Francesa en 1800, Geografía General en 1804, Historia de la Antigüedad así como Aritmética en 1809, Francés como Segunda Lengua en 1810, Inglés como Segunda Lengua en 1811. Pero no existen solamente los alumnos principiantes, por lo cual a los más avanzados se destinará el primer Manual de Astronomía en 1824, sin olvidar la Trigonometría en 1827 y hasta la Filosofía en 1835.

La ampliación del campo pedagógico hace superar otra etapa más: por primera vez, unos quebequeses dan cuenta de sus puntos de vista sobre la realidad escolar, iniciando la reflexión en una ciencia completamente nueva en Quebec, la pedagogía, y el primero que se inscribe en ese cuadro se convertirá a continuación en un prolífico autor de manuales: Joseph-François Perrault. No obstante, la primera intervención del pedagogo no deja de sorprender. Para contrarrestar la rareza de los manuales y su coste demasiado elevado para la mayoría de los padres, él sugiere, y eso desde 1822 que, en vez de publicar manuales, se impriman carteles de gran formato para la iniciación a la lectura. De hecho, Perrault retoma por cuenta propia una sugerencia sostenida en un informe gubernamental publicado una decena de años antes y que se inspiraba abiertamente en el pedagogo inglés Lancaster, donde se afirma que ¡un solo juego de carteles reemplaza la impresión de 600 manuales!

Muy pronto, los analistas se extienden a la vez sobre la necesidad del manual – dos años después que de su alegato a favor de los carteles Perrault publicara su primer Abecedario – y llegan ya a reclamar la uniformidad a la vez que deploran la cruel escasez de manuales. Otro tema de reflexión e inquietud: la cantidad de contenido extranjero en los manuales quebequeses que “informan a los estudiantes más sobre los países extranjeros y sobre la antigüedad que de los anales y de la topografía de América del Norte”.

¿Qué sucede con los FSC implantados de Francia en Quebec en 1837? Señalemos en primer lugar una producción lasaliana en Quebec a la llegada de los Lasalianos: el editor quebequés Fabre publica, en 1829, *Las reglas de la cortesía y de la urbanidad cristiana*.

Menos de seis meses después de su llegada a Montreal, los FSC publican en 1838 un *Nuevo tratado de aritmética* completado al año siguiente por *Respuestas y soluciones de los 400 problemas y preguntas contenidos en el Nuevo tratado de aritmética*. Se trata en realidad de la reedición de un manual ya publicado por los Hermanos de Francia en el cual se contentan con pasar del sistema métrico al sistema de medidas a la inglesa. Además, poco antes de que se pongan en marcha los engranajes de la edición, los FSC estudian otra forma de colaboración con ultramar, es decir, hacer venir una geografía impresa pero no encuadernada sobre la cual se contentarían con remplazar la sección que trata sobre Francia por algunas páginas consagradas a las colonias inglesas y a los Estados Unidos. El hecho de que el proyecto aparentemente no haya tenido continuidad no impide que la idea haya sido lanzada y que sea retomada en 1875. Tanto en un caso como en otro estos procedimientos anuncian una solución a la cual los FSC de Quebec recurrirán ampliamente: retomar, a veces íntegramente, a veces con adaptaciones, los manuales de sus Hermanos de Francia. Esta práctica responde a una voluntad de uniformización al interior del Instituto – la circular del Hermano Philippe en 1840 es explícita: “[los Hermanos] están invitados a no adoptar otros, con el fin de conservar entre nosotros la uniformidad tan necesaria para el buen orden y la dirección” – tanto más que los primeros Hermanos son franceses y, en consecuencia, familiarizados con esos manuales; finalmente esta práctica permite colmar rápidamente la carencia de manuales publicados en Quebec y se ve facilitada por la ausencia casi total de dirección del mundo escolar por las autoridades gubernamentales.

Si el periodo 1765-1840 presencié la aparición de los primeros manuales y las primeras estructuras administrativas que se esforzaban por enmarcar la práctica de la enseñanza, estas últimas eran, de hecho, poco exigentes visto el escaso número de efectivos dedicados a su vigilancia.

1840-1875

La creación, en 1840, del puesto de Superintendente de Instrucción Pública cubierto por un primer Consejo de la Instrucción Pública en 1856, significa un cambio importante en la gestión del mundo escolar por parte del gobierno: en adelante, la enseñanza se verá sometida a reglamentos estrictos promulgados por organismos estables designados para el efecto; el manual escolar lo advierte enseguida. En 1841, se comienza por confiar la elección de los manuales a las recién creadas comisiones escolares – organismo que, en cada ciudad o pueblo, gestiona las escuelas del territorio – antes de especificar, en 1846, que los ministros del culto, tanto católicos como protestantes, tienen derecho de supervisión sobre los manuales utilizados para la enseñanza de la religión o de la moral. Mientras el Superintendente – Jean-Baptista Meilleur en el presente caso – es el único representante del aparato estatal, se comprende que una gran amplitud queda confiada a las comisiones escolares locales; pero, con la creación en 1856 de un organismo cuyo cometido es gestionar el funcionamiento de las escuelas para bien de Quebec, ciertos poderes, hasta entonces confiados a las instancias locales, le serán transferidos. Así es como la ley de 1856 confiere al nuevo Consejo de la Enseñanza Pública el mandato de establecer la lista de los libros que los profesores pueden utilizar, instaurando de ese modo la política de aprobación de los manuales siempre en vigor desde hace 150 años.

Si la estructuración de la enseñanza se explica, al menos en parte, por el aumento del alumnado – se pasa de menos de 5.000 alumnos en 1842, es decir, un retroceso con respecto al periodo precedente, a más de 240.000 en 1875 – este mismo aumento fulgurante justifica una producción cada vez más

abundante y diversificada; se trata de 376 nuevos manuales que abordan no menos de 49 disciplinas en tres decenios. No solamente existen cada vez más niños en la escuela, sino que, una vez más, el abanico de cursos que se les ofrecen se amplía, como lo demuestra la aparición de manuales destinados a nuevas disciplinas: física en 1841, botánica y cálculo diferencial e integral en 1848. En cambio, lo que no deja de sorprender es la parte de la producción ocupada por los libros escritos en Inglés: 46%, más del doble del periodo precedente. El consumo del manual no sigue necesariamente la división lingüística de la sociedad quebequesa: en un pueblo de población francófona probablemente al 100% como St-Jean Chrysostome de Lauzon se utiliza, en 1847, el *Murray's spelling book*.

La explosión del mercado se traduce por la proliferación de los autores: no menos de 145 nuevos nombres aparecen en la página del título de los manuales durante estos treinta y cinco años, la mitad de los cuales trabajan, de una forma u otra, en el mundo de la enseñanza. Encontramos también algunos nombres ilustres como el historiador nacional François-Xavier Garneau que se compromete a publicar un resumen al estilo catequístico de su monumental *Historia del Canadá*, el arquitecto Charles Baillairgé para la Trigonometría, el futuro político Joseph Cauchon con un manual de Ciencias, así como el futuro renegado Charles Chiniquy, de momento en buenas relaciones con las autoridades, con su *Manuel de Tempérance* utilizado como libro de lectura al menos en las escuelas de Montreal y de Quebec, sin olvidar el futuro obispo de Rimouski, Jean Langevin, con su Tratado del Cálculo Diferencial.

La reimpresión de manuales extranjeros, aunque en ligero descenso con relación al periodo precedente - 27% contra 39% -, es prueba a la vez de una producción local insuficiente así como del deseo de identificarse con una u otra de las culturas de origen de los quebequeses. No nos sorprenderá ver a Francia ocupar el nivel más elevado con 42 títulos seguida muy de cerca por Inglaterra con 38. En cambio, hay que señalar otros dos competidores en el paisaje: Estados Unidos e Irlanda; en ambos casos, la llegada de grandes contingentes de inmigrantes de esos dos países explica, al menos en parte, que se siente la necesidad de reimprimir aquí manuales que les ayuden a mantener los vínculos con sus culturas de origen. Aparte de las reposiciones casi integrales, se abre el campo inmenso de las adaptaciones más o menos explícitas. Problema de ética, pero también problema ideológico que suscitan estos traspasos. En su primer informe como Superintendente de la Instrucción Pública en 1842, Jean-Baptiste Meilleur deplora el uso de manuales importados de los Estados Unidos en los cuales se hace la apología del sistema republicano en perjuicio de la monarquía.

Elaborados aquí o tomados prestados más o menos íntegramente del extranjero, incluso comprados del otro lado de la frontera, los manuales escolares ocupan un puesto cada vez más importante en la industria y el comercio del libro. Es también lo que señala Meilleur en el mismo informe, al entrever el desarrollo de la edición escolar sencillamente como motor de la edición. Las cifras le dan la razón: entre 1840 y 1875 cerca de 150 firmas se inician en el oficio de editor escolar, de los cuales algo más de un tercio muestra una razón social de consonancia inglesa. Las perspectivas son suficientemente tentadoras para interesar a las autoridades gubernamentales: la ley de 1859 permite al recién establecido Consejo de la Instrucción Pública (CIP) adquirir los derechos de autores tanto de los manuales como de los demás instrumentos pedagógicos como los carteles murales. Y no solamente el Departamento de la Instrucción Pública (DIP) – el DIP es el brazo ejecutivo del CIP – manifiesta su interés en la edición, sino que hasta piensa en asumir la redacción de los manuales como el superintendente Chauyveau lo anuncia en su informe de 1860; que dichos proyectos no llegaran a tener continuidad no impide que se descubra en ellos el deseo de las autoridades de aumentar su control sobre todos los niveles de la producción de los manuales; por eso, el Consejo intenta otro camino para aumentar su influencia sobre el contenido: en 1871, anuncia con gran pompa la celebración de un concurso para la redacción de una serie de libros de lectura.

El aumento de la producción va acompañado, felizmente, por una intensificación de la reflexión sobre el producto. En ella se cuestiona el lugar que debe ocupar el manual en la enseñanza, llegando incluso a cuestionar también su utilidad. El padre Verreault, director de la escuela normal Jacques-Cartier, no los rechaza, pero, retomando por cuenta propia la argumentación desarrollada cincuenta años antes por Perreault, propone el uso sistemático de los carteles murales para paliar la penuria de los manuales, atribuible en gran parte a su costo demasiado elevado. Un efecto negativo más de otra forma de penuria: si no se cuenta más que con un manual para el aprendizaje de una disciplina, los alumnos están condenados a cargar con ese libro durante años; es lo que hace notar el inspector Lanctot en 1857 con respecto a la excesiva explotación del *Tratado de los deberes de un cristiano* por parte de los FSC para el aprendizaje de la lectura: “Un niño que ha acudido a la escuela durante tres años, lo ha leído o releído *diez veces*. Ve siempre las mismas ideas, las mismas palabras, y se cansa. Pierde el gusto por la lectura”.

¿Dónde se sitúa el manual en el tándem comprender-retener las nociones? La multiplicidad de los catecismos – fórmula de presentación de las nociones bajo forma de preguntas y respuestas y utilizada no solamente en religión sino también en varias disciplinas – favorece abiertamente la memorización. El Padre Mailloux en 1851 espera que los alumnos hayan aprendido de memoria su catecismo de religión bajo la dirección de los padres antes de que el cura comience a explicar su contenido. Se comprende muy pronto a qué aberración conduce semejante práctica y podemos leer una denuncia sobre ello en el *Journal de l'Instruction publique* de 1869, que publica un artículo precedido por un título evocador: “Un vicio de nuestro mundo rural”. No por ello la cuestión quedó zanjada: los pros y los contras de la memorización a ultranza se enfrentan en un debate organizado por la Escuela normal Jacques-Cartier de Montreal en 1873.

Aparece un motivo más de discusión: la multiplicidad de los manuales por disciplina. En concreto, ¿sería necesario que no existiese más que un único manual para cada una de las disciplinas en la totalidad del territorio? En un informe sobre la situación de la educación en 1853, se hace balance de las quejas de los maestros: “cada niño trae a la escuela un libro diferente”. Los mismos profesores son reprendidos por el superintendente Chauveau en 1856 al constatar que cada profesor elige sus libros y que cada cambio de profesor significa la compra de nuevos libros. No obstante, las denuncias de los efectos perniciosos de la diversidad excesivamente grande no escasean y hasta por personas cuya credibilidad no puede ser puesta en duda, comenzando por Meilleur quien, en 1846, establece una ecuación entre la uniformidad de los manuales y los progresos de la enseñanza. Su sucesor, menos dogmático, temporiza, aunque solo fuera por las presiones de los profesores, aceptando la posibilidad de aprobar dos o tres manuales por disciplina, política que adoptará el Consejo de la Instrucción Pública a partir de 1860 y que sigue estando en vigor.

Aunque se defiende una cierta uniformidad en nombre de la rentabilidad pedagógica, la misma plantea problemas a otro nivel, es decir, al de la diversidad de pertenencias religiosas, pues es difícil imaginar que los protestantes tengan que leer textos que proclaman las alabanzas de Roma. El abogado Mondelet, que tenía audiencia entre las autoridades políticas, creyó encontrar la solución proponiendo, en 1841 y al menos para los principiantes, un único libro para todas las materias y aceptable tanto para los católicos como para los protestantes, pues estaría compuesto por extractos de la Biblia; inútil decir que el proyecto no tuvo consecuencias. Más realista, otro abogado, Morin, sugiere algunos años más tarde la utilización, por los anglófonos, de la serie de manuales elaborados en Irlanda, pues tienen la reputación de ser perfectamente neutros en materia de confesión religiosa.

Lo cual equivale a decir que el contenido religioso de los manuales es objeto de una estrecha vigilancia por parte de los grupos interesados. Meilleur recuerda, en 1849, la obligación impuesta a los comisarios sobre el particular: “En las localidades donde los habitantes son de creencia religiosa mixta, es importante hacer uso de libros cuyos principios de moral y de religión no atenten contra la fe particular de cada uno”. A pesar de las mejores buenas voluntades, resulta a veces imposible encontrar manuales en los cuales cada una de las dos confesiones pueda sentirse cómoda; por eso, el Consejo de Instrucción Pública, en su primera lista de manuales aprobados en 1861, precisa que algunos han sido aprobados para uso explícito de los católicos y otros para el de los protestantes. A pesar de todas las precauciones para evitar los roces aparecen contratiempos. Uno de los líderes de la minoría anglófona, Dawson, se queja de que al menos un libro de lectura para franco-católicos publicado por los FSC presenta a los anglo-protestantes bajo una luz desfavorable, pero añade a continuación que los editores le han prometido expurgar su texto en una edición posterior. En otro lugar, es un director de escuela quien se subleva contra la obligación que se habría impuesto a unos aspirantes anglo-protestantes al diploma de enseñanza de probar que habían leído manuales utilizados en la enseñanza de los franco-católicos, tales como *Los deberes de un cristiano* de los FSC o el *Compendio de historia de Canadá* de Garneau.

Si se manifiestan divergencias de puntos de vista en cuanto a la religión en los manuales, lo mismo sucede en cuanto al consumo de libros importados. Su utilización, ya se trate de productos extranjeros reproducidos aquí por traducción, adaptación, incluso plagio o de importaciones, eso supone cuando menos una aceptación tácita de esta práctica y más palpablemente de una veneración más o menos expresada. No por ello, esa práctica deja de suscitar objeciones. Otro inconveniente, y no de los menores es la falta de adaptación a las necesidades locales de que dan prueba las importaciones. Norbert Thibault, él mismo profesor, durante un tiempo miembro de la comunidad de los FSC, deplora en 1871 la utilización de manuales europeos para la enseñanza de la agricultura.

En el Consejo de la Instrucción Pública creado en 1856 se reúnen codo a codo católicos y protestantes que administran conjuntamente el sector público de la educación aun cuando, para la aprobación de los manuales, sus miembros se dividen a veces en dos sub-comisiones basadas en la pertenencia confesional. Esta dicotomía queda institucionalizada en 1875 con la creación de dos comités confesionales independientes uno del otro dentro del Consejo de la Instrucción Pública; en adelante, y hasta la gran reforma de 1964, el mundo escolar estará regido por un comité católico y su correspondiente para los protestantes; cada uno de los dos comités gestionará sus propias políticas sin hacer referencia a su equivalente. El universo del manual quedará profundamente marcado por ello.

Iniciada tímidamente con dos apariciones en 1838, la implicación de los FSC en la producción de los manuales escolares va tomando amplitud: treinta manuales durante la década de 1840, cuarenta durante la década de 1850, 51 durante la década de 1860 y 106 entre 1870 y 1875, con un total de 227 apariciones durante ese periodo.

Y se comienza con un golpe maestro con los *Deberes del cristiano* en 1841. Según el superintendente Chauveau, se usa en 193 municipios desde 1855. Se le conocen más de sesenta reimpressiones escalonadas hasta el inicio del siglo XX y habitualmente completada con las *Reglas de urbanidad*. Bestseller incontestado de la literatura pedagógica en Quebec, este manual sirve de iniciación a la lectura para tres generaciones de alumnos. Además, la expansión de los FSC en Canadá fuera de Quebec no es ajena a la difusión de este manual: cuando los Hermanos conquistan a Nueva Escocia, en el Este, y a Manitoba, en el Oeste, se observa allí la utilización de los *Deberes del cristiano*.

Una docena de títulos aparecen abiertamente como reimpresiones integrales de manuales publicados originalmente en Francia; dan fe de ello las formulaciones de los autores (L.C., F.P.B., F.J.O.P.), o bien, el colofón “Tours Mame, impr. Mame”; en este último caso, se trata de cuatro títulos, todos de 1875, importados en hojas, encuadernados en Quebec con una nueva página de título haciendo aparecer equivocadamente que serían producciones quebequesas. A estos títulos, manifiestamente de origen francés, hay que añadir una buena parte de otros manuales; algunos son todavía reimpresiones íntegras aun cuando no se indique el nombre de un autor francés, como los *Ejercicios de cálculo sobre las cuatro operaciones de la aritmética*; otros se inspiran ampliamente en fuentes francesas, comenzando por un título de Historia general publicado en 1841 y en el cual los Hermanos de origen francés, y desembarcados desde hacía apenas cuatro años, añaden un compendio de historia del Canadá. Ocasionalmente los Hermanos buscan sus fuentes en otros lugares como el *Pinnock's catechism of geography* de 1853, réplica de una producción de Inglaterra. ¿Será necesario recordar que la mayoría de los efectivos son aún originarios de Francia? El relevo quebequés toma un cierto tiempo en implantarse y en adquirir experiencia; lógicamente cabe pues pensar que la mayoría de los manuales producidos en Quebec durante este periodo, tanto si son producciones locales como adaptaciones de productos franceses, tienen como autores a Hermanos franceses que enseñan en Quebec.

Aun cuando la mayor parte de la clientela escolar, tanto la clientela en general como la atendida por los FSC, es monolingüe francófona, la mitad de la producción de los FSC es en inglés. Se trata principalmente tanto de libros de lectura inglesa, los diferentes *readers*, como de la traducción de manuales que los Hermanos han publicado ya en francés: aritmética, historia del Canadá incluido el *Treatise of the duties of a christian* que conocerá una carrera mucho más modesta que la versión en francés. En ello podemos ver a la vez un indicativo de la carencia de manuales producidos en Quebec por los anglófonos, así como un reflejo que las autoridades se esforzaban por transformar en costumbre: la mayoría, surgida de una población que remontaba al principio de siglo XVII, debía aprender la lengua de la reciente nueva minoría.

Hasta el final de la década de 1860, los FSC se identifican como autores, confiando la impresión y la edición de sus manuales a casas establecidas cuya razón social aparece en la parte inferior de la página del título. Dan un primer paso hacia la edición en 1870, con la *Introducción al tratado de aritmética comercial*: por primera vez, en lugar y en el puesto del editor, podemos leer “Montreal, 50, calle Cotté, 50”, es decir, la dirección de la Procuraduría de la comunidad que no se identifica de forma diversa. En 1874, para un *First-reader*, los usuarios pueden leer “Printed for the Brothers of the Christian Schools by Eusèbe Senécal”; el reparto de responsabilidades queda claramente dividido entre el impresor y el editor. La etapa final se salva al año siguiente con *Series of questions on the principal truths of religion*: como mención del editor, se indica “Brothers of the Christian Schools” sin ninguna referencia al impresor, que seguramente será una casa laica, pues los Hermanos aún no tienen imprenta. En adelante, los FSC aparecen sistemáticamente como editores, aun a riesgo de continuar ocasionalmente ciertas colaboraciones con sus antiguos colaboradores.

1876-1964

Con una tasa de frecuentación escolar en alza constante, las ediciones príncips y las reimpresiones conocen un aumento significativo: de una producción de 588 manuales durante la década de 1870, se pasa a 2.046 para el decenio de 1950.

El Consejo de la Instrucción Pública, desempeñando un papel de primer nivel, persigue dos objetivos con respecto a los manuales durante los veinticuatro años siguientes: uniformidad y, en espera de la gratuidad, la disminución de los costes.

La batalla de la uniformidad de los manuales es probablemente la más antigua que emprendieron los administradores del sistema escolar y cuyo éxito puede ser cuestionado como lo demuestra la siguiente memoria de 1961 por parte de la federación de los directores de escuela: “La uniformidad de los libros no existe, todo el mundo lo sabe [...]” En efecto, ¿de qué uniformidad se trata? Una circular, dirigida a los inspectores en 1879 y reproducida en el *Journal de l’Instruction publique*, con el objetivo evidente de darla a conocer a la vez a los comisarios y a los profesores, solicita la uniformidad al interior de una escuela. Más ambiciosa, la ley de 1880 evoca, por primera vez, la uniformidad a escala de Quebec. Aunque algunas comisiones escolares parecen haberse plegado a la ley, en Quebec en su conjunto, el objetivo perseguido está lejos de ser alcanzado, como lo constata el primer ministro Marchand en 1898, quien se contenta con afirmar que el gobierno quiere establecer gradualmente la uniformidad de los libros en nuestras escuelas. El gobierno puede incluso contar con un aliado un poco inoportuno, es decir, el partido obrero que, avalado por sus 20.000 miembros en 1910, reclama esta medida en nombre de los padres de familia. La política de la uniformidad se aplica igualmente a los anglófonos, como lo recuerda el *Montreal Daily Star* de junio de 1915 al comentar la lista de los manuales autorizados para sus escuelas.

Los opositores a la uniformidad de los manuales a escala de Quebec no son pocos, comenzando por el Consejo de la Instrucción Pública que confiesa que la ley de 1880 fue votada sin haber sido consultado. El superintendente Ouimet resume las quejas de este organismo en su informe de 1881: oposición de editores perjudicados, regionalismos a ser respetados, peligro de instaurar monopolios, medida a tal punto nueva que ni siquiera los países del Oeste de Europa la han planeado jamás. El apasionado superior de los FSC, el Hermano Réticius, ve incluso en ella, en 1886, una medida laicizante al estilo Ferry. A estos argumentos hay que añadir el de la pedagogía: la uniformidad absoluta “destruiría necesariamente toda competencia y toda emulación, desalentando así el verdadero talento [...]” como escribe el mismo Superior en una memoria presentada a la Asamblea de los Obispos en 1894.

Los FSC se encuentran implicados a pesar suyo en la batalla de la uniformidad. A su llegada en 1837, y ante la ausencia casi total de directivas a propósito de los manuales escolares, les resulta fácil reimprimir los manuales de la comunidad de Francia; esta práctica libera de preocupaciones administrativas -incluso, trasladado a otro lugar, el Hermano puede utilizar los libros que conoce- y también de preocupaciones ideológicas, ya que crea un sentimiento de pertenencia a un grupo. La política de uniformidad al interior de la comunidad entra rápidamente en conflicto con la política de uniformidad en el conjunto de las escuelas. Se llega incluso a un primer desentendimiento entre los Hermanos de Quebec y las autoridades de París; el Hermano Réticius, de origen francés, superior de las casa de Quebec, deberá argumentar con fuerza para hacer admitir, por las autoridades de París, el uso, en Quebec de manuales producidos por los Hermanos locales.

Otro caballo de batalla de las instancias gubernamentales: la gratuidad de los manuales, íntimamente vinculada a la uniformidad. Evocada por primera vez en términos difusos en un texto de ley en 1897, limitada tan solo a los niños pobres y por cuenta de las comisiones escolares en la ley de 1899, considerada universal, pero siempre a cargo de las comisiones escolares en la ley de 1912, la gratuidad toma realmente forma con la ley de 1944, asegurando a las administraciones locales el reembolso, por parte del gobierno, de las tres cuartas partes de la factura. Al igual que la política de uniformidad, la de la gratuidad levantará pasiones, y con frecuencia entre los mismos apasionados, comenzando por el conservador Chapais que encuentra que “[...] según el punto de vista del derecho natural, yo digo que

el Estado se sale de su papel y de sus atribuciones, al imponerse la carga de suministrar a los niños los libros de clase. La función natural del Estado consiste en realizar en interés general lo que no pueden hacer tan bien como él ni los individuos ni las familias”. En el momento de la adopción de la ley en 1944, *Relations* de los Jesuitas emite sus reservas: “Sea cual sea el método empleado, la gratuidad de los libros desarrolla en el niño y en la familia la tendencia a contar siempre con el Estado para todo”.

Incluso, en el vaivén de las dudas, y a pesar de las oposiciones, el gobierno conserva siempre la orientación hacia la gratuidad y la uniformidad y da una muestra sorprendente de ello en 1900, lanzándose a una gran aventura: producir él mismo una serie de manuales, a razón de uno por grado, en el cual se encontrará toda la materia enseñada durante ese año académico y que será distribuido gratuitamente. El que solo apareciese el destinado a los principiantes - *Mon premier livre: lire, écrire, compter* – no impide que hayan sido ambiciosos. Según una circular expedida por nada menos que el secretario provincial Adélard Turgeon, se dan por descontados grandes progresos con el nuevo producto pedagógico: “Gracias a este programa concéntrico, el niño, aunque no fuese más que un año a la escuela, sería capaz de *leer*, de *escribir* y de *contar* pasablemente, y habría estudiado sin esfuerzo, a la vez que aprendía a leer, las grandes líneas de toda la historia santa, los principales personajes canadienses, de Jacques-Cartier al cardenal Taschereau, etc.” A pesar de una fuerte oposición en algunos medios, como lo demuestra la épica querella mantenida en los periódicos entre el Padre Baillairgé y el diputado Langlois, citado anteriormente, la operación, aunque limitada al primer año, fue un éxito: utilizado al menos hasta 1938, dicho manual se distribuyó gratuitamente en más de un millón de ejemplares como da fe de ello la correspondencia del Departamento de la Instrucción Pública.

Siempre con el deseo de garantizar un mayor control sobre el contenido de los manuales, el Consejo de la Instrucción Pública intenta rehacer la exitosa serie de los libros de lectura, lanzándose de nuevo en la aventura de los concursos para la redacción de los manuales, mientras se aseguraba a los potenciales autores que mejor respondiesen a las expectativas de las altas instancias que sus libros serían aprobados y, por consiguiente, utilizados. Anunciado oficialmente por el superintendente Ouimet en 1894, y preparado por el “Subcomité [encargado del] proyecto de una serie única de libros escolares” – la fórmula clarifica las intenciones -, el concurso hace referencia a la redacción de textos en una decena de disciplinas; el proyecto es descartado al año siguiente tras la intervención de dos miembros del Comité católico ahora presidido por el conservador Boucher de la Bruère, en el cual, una vez más, Thomas Chapais porfía que dicho “comité ya que no está dispuesto a admitir el principio de la uniformidad de los libros, [sería mejor buscar los medios] para no tener en las escuelas más que los mejores libros y restringir, en cuanto fuere posible, la diversidad de los libros en las escuelas de un mismo distrito”. La solución de los concursos que pretenden garantizar una cierta uniformidad, disminuyendo a su vez los costes, no por ello es abandonada, puesto que será abordada en 1961 en una memoria.

Siempre con el mismo resultado esperado, el Consejo de la Instrucción pública se lanza a otra aventura, a saber, convertirse en librero y hasta toma la precaución de hacer insertar esta iniciativa en el texto de la ley de 1876 que crea el depósito del libro. El superintendente Ouimet tiene grandes aspiraciones y da a conocer sus intenciones en una circulara los inspectores al año siguiente: “La creación de un depósito de libros y de suministros escolares en el departamento de la instrucción pública deber ser el punto de partida de una reforma muy importante; me refiero a la uniformidad de enseñanza en toda la provincia. ¿Cómo podríamos obtener dicha uniformidad cuando los precios de los libros escolares quedan sometidos a la competencia del mercado? Ingenuamente, el buen hombre identifica públicamente a sus adversarios. La oposición de los libreros no se hace esperar y es tal que conduce a una primera asociación en el medio y que se expresa, entre otras formas, por un panfleto en el cual se evidencian

conflictos de interés, por cuanto el depósito del libro ofrece en venta manuales elaborados por oficiales del Departamento de la Instrucción pública.

Las grandes batallas encabezadas por las autoridades administrativas sobre las orientaciones a dar a los manuales escolares no impiden a los productores ocuparse de los aspectos pedagógicos de estas herramientas de enseñanza. Así es como, en 1882, los FSC publican dos cursos de geografía bajo forma de cuadernos de ejercicios - impresos en los cuales se reservan espacios para las respuestas de los alumnos -, los primeros en Quebec. Otro aspecto pedagógico, y no el menor, de la influencia de los manuales de Francia en Quebec, no solamente en las reimpresiones integrales sino igualmente en los préstamos ocasionales. Aun cuando los FSC de Quebec ya no vuelven a imprimir versiones íntegras de las gramáticas de los Hermanos de Francia a partir de 1882, no por ello dejan de surtirse en esa fuente; lo demuestra la definición del término “gramática” tomado prestado de una gramática de Francia – los autores son “L.C., F.P.B.” – publicado en Montreal en 1842 y que podemos encontrar palabra por palabra en las gramáticas de los FSC de Quebec hasta 1950.

Herramienta pedagógica, ciertamente, pero también instrumento económico. Se pasa de unos sesenta editores durante la década de 1870 a un centenar para la década de 1950 y ese aumento corre parejo con un inicio de concentración; de una media de ocho títulos por editor se pasa a 18. Concentración que se ha vuelto a la vez necesaria e interesante por los costes exigidos y los beneficios esperados. La concentración en el mundo editorial es una tendencia general de la cual no se libra Quebec. En cambio, si existe una especificidad propia de Quebec en la edición del material pedagógico, ésta es la intervención de las comunidades religiosas en este campo. De algunos títulos que las mismas publican a mediados del siglo XIX, en el decenio de 1920 acaparan el 65% de las ediciones príncipes antes de ver su influencia disminuir progresivamente a continuación.

Varios factores explican esta situación única. Fundadas en Francia la mayoría de ellas, al menos en cuanto a las comunidades masculinas que dominan el pelotón, llegan aquí con una experiencia en este campo y pueden igualmente reproducir en Quebec los manuales de sus correligionarios de Francia; formadas por pedagogos de carrera, pueden contar sobre sus miembros no solamente para elaborarlos sino también para probar las versiones preliminares con la clientela a la que van destinados; por dirigir cientos de escuelas, disponen de un núcleo de consumidores automático por no decir cautivo, puesto que cada una, en la medida de lo posible no utiliza más que sus manuales, práctica tanto más fácil por cuanto la ley de 1909 los exime del poder de las comisiones escolares en el capítulo de la uniformidad de los manuales, situación que denuncia muy pronto un antiguo comisario de la comisión escolar de Montreal convertido, para entonces, en juez: “Para hacer pasar el principio [de uniformidad] se ha dado a cada congregación su parte de patrocinio, es decir de beneficios, sin tener en cuenta el valor respectivo de las obras”. La incursión de las comunidades en el sector más rentable de la edición plantea el problema de sus relaciones con los editores laicos y las mismas resultan ambiguas. Mientras confían la producción de sus manuales a casas laicas – pensemos en la asociación de los Hermanos Maristas con Granger o la de las Hermanas de la Congregación de Notre-Dame con Beauchemin – el problema no se plantea sino cuando utilizan sus equipos de impresión para producir otras cosas además de sus manuales; así, los conflictos estallan como lo explica un periodista en 1938. La situación cambia radicalmente con la llegada de las primeras casas de edición especializadas en el manual y que no dependen de las comunidades; una cooperativa de profesores ve la luz en 1945, el Centro de Psicología y de Pedagogía, movimiento que inicia la decadencia de las comunidades religiosas en la edición pedagógica, no sin algunas reticencias por su parte.

La escolarización en claro progreso, y la generalización de la secundaria a partir de la década de 1940, incitan cada vez más a los contendientes a invertir en el campo de la edición del manual, y las reglas

del juego no siempre están claras; eso, si no degeneran en prácticas al menos puestas en tela de juicio, situación que analiza y condena Maurice Bouchard en su informe sobre el comercio del libro en 1963. Casi todos los participantes sufren las iras del comisario. Al Departamento de la Instrucción Pública se le reprocha un laxismo tal que los presidentes de comisiones de aprobación de manuales pueden hacer aprobar los libros de los cuales son autores o el que representantes de los editores sean miembros de los comités encargados de evaluar sus producciones. A los editores, tanto laicos como religiosos, se les acusará, al menos a varios, de acumular beneficios exagerados. Las constataciones del comisario y sus recomendaciones no son ciertamente ajenas a la política de compra que pondrá en vigor el gobierno a continuación.

La jungla de las leyes del mercado no impide a los autores y pedagogos reflexionar sobre el lugar de lo impreso en la enseñanza y la mejor manera de utilizarlo. Futuro director de la escuela normal Laval, el Padre Rouleau se pregunta en 1881 sobre la función que debe desempeñar el “libro de texto” en la escuela primaria. Recordando lo que él califica de vieja rutina que favorece la memorización anterior a una eventual comprensión, Magnan, que llega a ser posteriormente uno de los pedagogos más sobresalientes, sitúa al manual a remolque del profesor pues es éste quien “constituye el libro vivo en su clase”, toma de posición que comparte su colega y amigo entre los anglófonos, John Ahern: “Nothing can take the place of the living text-book, the teacher”. En un texto aparecido en *Le Devoir* en 1930, el Padre Tessier, gran promotor del sistema de las escuelas domésticas, acusa incluso al manual, o al menos a su mala utilización, de perjudicar a la enseñanza: “El estudio puramente libresco, parece ser ciertamente el gran responsable de la deplorable falta de vitalidad y de curiosidad intelectuales que nos vemos obligados a constatar entre nosotros”. Algunos meses más tarde y en el mismo medio, el Hermano Marie-Victorin, de la comunidad de los FSC, añade sobre ello: “[...] si no se tiene cuidado, el libro, el manual escolar en particular, cesa pronto de ser un espejo para convertirse en una pantalla, y en lugar de ampliar el pensamiento, puede fácilmente comprimirla, restringirla, encadenarla en la terrible cárcel de las palabras”. Partida de un enfoque negativo – cómo no utilizar el manual o cuáles son sus inconvenientes – la reflexión evoluciona, felizmente, hacia un enfoque positivo, como lo demuestran los trabajos de Richard Joly al principio de la década de 1960, que explican cómo utilizarlo.

Discutibles, sino sobre el fondo al menos sobre la manera en que son utilizados, los manuales, gran parte de los cuales son elaborados por educadores de carrera, ¿son irreprochables al menos en lo referente a la lengua? ¿Cuál es el nivel del francés en los manuales escritos por francófonos para francófonos? Al final de los años 1950, aparece una larga serie de artículos publicados por *L'enseignement* que denuncia, con el apoyo de cientos de citas, la pésima calidad del francés que en ellos se utiliza. Así por ejemplo, para la serie de los manuales de aritmética de Gérard Beaudry: en ellos aparecen anglicismos e incorrecciones gramaticales, se deplora la pobreza de estilo y de vocabulario y se denuncia lo que se califica como estilo de traducción. Tres años más tarde, un memorial de la Asociación de Mujeres Universitarias de Quebec se lanza a una carga despiadada: “¿Por qué no podríamos, desde septiembre próximo, durante un número limitado de años, - es decir hasta que libros de idéntico valor salgan de nuestras imprentas canadienses – adoptar los libros que se utilizan en Francia, en Bélgica, en Suiza o en más o menos veinte países de Asia y de África que tienen el francés como lengua y cultura?”.

A priori, pues, no existe bloqueo contra la importación de manuales, aun cuando la práctica está en descenso: apenas doscientos libros entre 1876 y 1964 son réplicas más o menos completas. Nos llegan de las fuentes habituales a las cuales se añaden, ocasionalmente, nuevos proveedores como los Clérigos de San Viator que reimprimen en Montreal catecismos escritos y publicados inicialmente por los franco-americanos de Illinois (Estados Unidos). Aunque la dependencia hacia la producción extranjera

disminuye entre los francófonos, la misma se acentúa entre los anglófonos que importan masivamente de la provincia canadiense de Ontario y de Inglaterra; y como la guerra de 1914-18 les plantea serios problemas de aprovisionamiento en ultramar, el Comité protestante planea crear un nuevo depósito del libro destinado únicamente a los anglófonos y cuya gerencia piensa seriamente confiar al editor Dent de Londres que tiene una sucursal en Toronto, dejando así de lado a Renouf de Montreal, el último de los editores para anglófonos que sigue en el negocio algún tiempo más.

La reticencia es mayor entre los francófonos y se debe a diversas causas. Vuelve a aparecer en primer lugar una vieja acusación que expresa Magnan en 1904, a saber, que en esos productos importados “Nuestra historia queda ignorada, al igual que la geografía canadiense”. El Padre Camille Roy resulta aún más claro veinte años más tarde: “Se ha aceptado con gran facilidad que nuestra enseñanza secundaria será más nacional, es decir más adaptada a las preocupaciones del espíritu canadiense, el día en que nuestros profesores, mejor equipados que actualmente, estén capacitados para elaborar ellos mismos los manuales escolares, y de modo especial los manuales de historia y de geografía que nuestros alumnos necesitan”. Pero hay algo peor. ¿Es posible, en ese inicio del siglo XX fiarse de las producciones de la Francia laicizante? El Comité Católico había aprobado, algunos años antes, varias gramáticas producidas en Francia, principalmente la de Claude Augé, editadas por Larousse. Pero he aquí que, como consecuencia de la nueva corriente laicizadora que predomina en la antigua madre patria, los mensajes insidiosamente vehiculados rechazan los valores tradicionales con cierto aroma religioso. Un crítico anónimo se subleva en *L'enseignement primaire*: “Para halagar a los impíos que gobiernan Francia y dirigen la enseñanza en ese país, los editores de esas obras han remplazado todas las expresiones cristianas por términos puramente profanos, cuando no ridículos. De *neutras* u *honestas* como eran las gramáticas de Augé y Larive & Fleury, se ha pasado a convertirlas en vehículos del libre-pensamiento”. ¿Pero, es posible rechazar unos manuales cuyo valor pedagógico por lo demás es reconocido? Por eso que no quede: se confía al Padre Desrosiers la tarea de quebecquizar y catolizar esas gramáticas con resultados un tanto sorprendentes; así en un texto de diez líneas en las que al niño se le pide estudiarla letra “h”, se remplaza “Suiza” por “Colombia” al referirse a una región “henchida de montañas” y se añade una frase sobre los inevitables “salvajes de Canadá” mientras que toda la parte normativa de la gramática Augé es transcrita textualmente.

Así pues, se continúa consumiendo productos de afuera pero también se exportan. Las Hermanas de Sainte-Anne imprimen en Montreal una serie titulada *Vocabulaire bilingüe* destinada a sus escuelas de Nueva Inglaterra donde trabajan principalmente con franco-americanos. Pero la atención se dirige sobre todo hacia los francófonos de la diáspora canadiense. En primer lugar, por causas ideológicas; se organizan colectas de manuales destinados a las escuelas franco-ontarienses, al principio de la década de 1950, para los francófonos de la región de Vancouver. El factor comercial también entra en juego. Por mucho tiempo los francófonos del oeste de Canadá estudian la historia en manuales publicados en Quebec, principalmente por las comunidades religiosas.

Una cifra global permite hacernos una primera idea del lugar que los FSC ocupan en la producción de manuales escolares en Quebec entre 1876 y 1963: de las 9.000 publicaciones censadas para este periodo, 1.469, es decir más del 16% son editadas por esta comunidad con un pico del 21% durante la década de 1940 antes de iniciar una caída que traducen las cifras del periodo 1960-1963: apenas el 8%.

Producción cuya amplitud necesita la puesta en marcha de estructuras tanto para la redacción como para la difusión. Ya en el siglo XIX se establece un “Comité de los clásicos”, a veces llamado “Comité de los libros”, cuyos miembros son de hecho los redactores, aun cuando sus nombres no aparezcan casi nunca en los impresos. Casi siempre son profesores en ejercicio, a menos que se los libere por un tiempo de su tarea docente para finalizar tal o cual manuscrito. La puesta en marcha es asumida por la

“Procura”, que hace el oficio a la vez de editor, de librero y de difusor entre la red de libreros, primero de Quebec y luego fuera de allí; por eso en la mención del editor en *L’art ornemental* de 1916 se puede leer: “Montreal, Procure des Frères des écoles chrétiennes”.

Estando la redacción y la edición asumidas por la comunidad, solo falta la impresión para controlar todas las etapas del comercio. La procuraduría de Montreal compra, en 1877, una casa situada justo en frente de sus locales; desde el año siguiente, alquila ese edificio al impresor Joseph Chapleau con el cual ya había realizado negocios; esta colaboración, que se extiende por más de diez años, permite a los Hermanos iniciarse en el oficio de impresor. En una fecha difícil de determinar, pero que se sitúa entre 1888 y 1890, los Hermanos compran el comercio de Chapleau; en adelante, en la guía de las calles de Montreal, se indicará, para ese edificio, que está ocupado por los “Christian Bros., printers”. Se ha “rizado el rizo”: a principio de los años 1890, la comunidad actúa ya como autor, editor, impresor y distribuidor de manuales escolares. La imprenta no permanecerá ociosa. El *Silabario, Primer libro* de 1872, se reimprime hasta 1918 con una tirada acumulativa de más de 950.000 ejemplares conjuntamente para las dos versiones; ahora bien, la fuente para estos datos, *Livres de compte 1891*, no contabiliza las tiradas más que a partir de 1891, es decir, cuando los Hermanos tienen su propia imprenta, ignorando las reimpresiones entre 1872 y 1890. La misma fuente censa, para todos los títulos en conjunto, una tirada acumulativa de 4.254.770 manuales escolares impresos entre 1891 y 1918, sin contar otros numerosos trabajos de imprenta asumidos por las prensas de los FSC en Montreal.

El aumento de los efectivos de la comunidad conduce a una subdivisión del territorio en dos distritos autónomos en 1927. El nuevo distrito de Quebec, separado del de Montreal, se dota con estructuras idénticas a las del distrito inicial, entre otras para el comercio del manual. No se producirá conflicto, por no decir intrusión, con las actividades del antiguo distrito. Como el distrito de Quebec dirige, desde hace más de sesenta años, un “colegio comercial” de gran renombre, los Hermanos del nuevo distrito se lanzan en un campo casi ignorado para la procura de Montreal: la contabilidad.

Desde 1935 hasta 1966 aparecen una veintena de manuales para la contabilidad identificados por la “Académie commerciale de Québec” como casa editorial. Como una gran parte de las operaciones comerciales se realiza en inglés, la misma institución desarrolla los “Concursos bilingües canadienses”, razón social que aparece en una decena de publicaciones de 1944 a 1966. La irradiación del colegio comercial es tal que lleva a los Hermanos de Quebec a pensar en el reconocimiento universitario; así es como una publicación de 1952 muestra la fórmula “Escuela superior de comercio”; el paso se da oficialmente en 1955, con un manual identificado formalmente en la “Facultad de Comercio” de la Universidad Laval que algunos Hermanos, provenientes del colegio comercial, han fundado en 1952 a pesar de las dificultades que se les presentaron.

Paralelamente a las publicaciones procedentes del colegio comercial, los Hermanos del Distrito de Quebec organizan una verdadera casa editorial sobre el modelo de sus colegas del Distrito de Montreal. A partir de 1936 un manual utiliza la fórmula “Québec, Procure des Frères des écoles chrétiennes”, fórmula que será esporádicamente utilizada hasta el final de la década de 1940. A partir de 1940, se comienza a utilizar la fórmula “Centre pédagogique”, razón social bajo la cual aparecen la mayoría de los manuales de los Hermanos de Quebec.

La producción de Quebec se distingue de la de Montreal en otras dos formas. Por una parte, los Hermanos de Quebec no tienen imprenta, prefiriendo utilizar la red de impresores de la región. Por otra parte, contrariamente al anonimato, práctica corriente entre sus colegas de Montreal, un gran número de las publicaciones del nuevo Distrito exhiben el nombre de los autores, habitualmente profesores en el colegio comercial y más tarde en la facultad de comercio de la Universidad Laval.

Al igual que los demás editores, los FSC deben obtener la aprobación de sus manuales por el Comité Católico del Consejo de la Instrucción Pública y nada está decidido por adelantado. A pesar de la campaña orquestada por el Hermano Réticius, él mismo no consigue la aprobación de un manual de dibujo elaborado e impreso en Francia por los Hermanos; lo cual no significa que dicho manual quede totalmente excluido del mercado: una investigación sobre la enseñanza de esa disciplina en 1891, muestra que en al menos en cinco municipios se utiliza dicho manual de los FSC aunque no esté aprobado. Caso contrario, los FSC pueden ir más allá de las solicitudes formales del Consejo de la Instrucción Pública: a pesar de la condición que se le pone, en 1894, para el mantenimiento de la aprobación de sus *Leçons de langue française*, los Hermanos continúan omitiendo el nombre de los autores.

No es menos cierto que, en la mayoría de los casos, los Hermanos siguen las directivas de las autoridades en cuanto a la aprobación, aunque no fuera más que para facilitar el acceso a un mercado lucrativo. Así, en 1880, a petición de las autoridades, aceptan quitar de uno de sus manuales de lectura un poema considerado inconveniente – se aluda al “grande y gordo cerdo inglés” – en la fábula “Los animales enfermos de peste”. Para mejorar sus oportunidades, no se duda en hacer uso de los contactos personales; el Hermano Visitador de 1923 envía personalmente un lote de manuales, de los cuales solicita la aprobación, al obispo de Rimouski, miembro del comité encargado de la aprobación. Además, la comunidad puede vender sus propios manuales en las escuelas que dirigen, cosa que confirma el superintendente al inspector de las escuelas de La bahía del Fèvre en 1877 donde los FSC dirigen una escuela.

La influencia de los Hermanos franceses en los manuales de Quebec se ejerce, ocasionalmente, mediante la elección de los redactores. Llegado con el contingente inicial en 1937, el Hermano Adelbertus sería, según la tradición, el autor de manuales de religión y de geografía publicados en torno a 1880; esa tradición, oral, se ve reforzada por el hecho de que el copyright de sus publicaciones está registrado a nombre del Hermano. Llegado a Quebec a comienzos del siglo XX como consecuencia de las leyes combistas, el Hermano Romez, habría escrito una media docena de manuales de francés y de aritmética publicados entre 1915 y 1925. Por lo demás, los Hermanos quebequeses ya no vuelven a imprimir prácticamente más manuales de Francia. Queda la posibilidad de comprar manuales de ultramar para venderlos en el mercado de Quebec; ya señalamos anteriormente el caso de los manuales de dibujo.

Dos factores van a reactivar el mundo de la importación: la guerra de 1939-1945 – los colegios clásicos quebequeses, grandes consumidores de manuales importados de Francia, ven agotarse su fuente – y el aumento de la clientela de secundaria durante el mismo periodo que exige nuevos manuales. La respuesta de los FSC: en 1941-42, la procura de Montreal reimprime una quincena de manuales de sus Hermanos de Francia, casi todos identificados como: “Una reunión de profesores”. Desde el capítulo general de 1928, se acuerda que las Procuradurías locales deben pagar a la Procuraduría de París las tasas para este tipo de operaciones. Ciertamente, la guerra impide toda comunicación con el otro lado del Atlántico, pero he ahí que los Hermanos de Montreal se “olvidan”, una vez restablecidas las comunicaciones, de regularizar la situación, a pesar de que el Capítulo de 1956 reitera las directivas de 1928 sobre el particular. Tan solo a principios de la década de 1960 – Montreal ha alcanzado una quincena de reimpressiones del *Curso de álgebra* – la procura de París es puesta al corriente de la situación por intermedio de Hachette, poseedor de los derechos de difusión (fuera de Francia) de los manuales de los Hermanos franceses. De ello se deriva una correspondencia penosa entre las dos procuras antes de llegar a un arreglo del litigio. Una vez arreglado el contencioso, las casas editoriales

de los FSC de París, de Montreal y de Quebec aparecen como coeditoras de un *Curso de geometría* impreso en Francia para el mercado de Quebec.

Aunque se importa, también se exporta, pero a escala mucho más modesta. La gran serie de los “cuadernos de religión” del Hermano Cyrille, publicados en Montreal durante la década de 1940, tuvo una traducción al tamil para Ceilán, y habría sido utilizada en francés, evidentemente, en el Congo. La serie de los manuales de historia de Canadá publicada en Montreal durante la década de 1950 recibe una adaptación para los francófonos de Ontario.

La Procura de Montreal encuentra también su parte en el mercado americano. Entre 1906 y 1908, se imprimen allí, para el librero J.-A. Jacques de Worcester – uno de los principales centros de la minoría francófona en el nordeste de los Estados Unidos – las portadas de una media docena de manuales en francés, entre ellos el imprescindible *Tratado de los deberes del cristiano*. En estos casos no se puede hablar de nuevas ediciones, pues los Hermanos se contentaban con imprimir las portadas nuevas para libros antiguos; no resulta menos cierto que, con este único librero, la procura de Montreal vende en el mercado americano unos 250.000 ejemplares de manuales ya escritos. El mercado franco-canadiense fuera de Quebec constituye igualmente una importante salida, pero no disponemos de ningún dato estadístico sobre el particular.

1965-2005

Desde la creación del Ministerio de la Educación en 1964 en reemplazo del antiguo Consejo de la Instrucción Pública, el horizonte del manual escolar no ha cambiado prácticamente; como mucho, las tendencias ya señaladas se han acentuado, comenzando por la progresión de la edición pedagógica. La compilación aún no completada del catálogo de los manuales nos ofrece 3.478 documentos publicados durante la década de 1970 y 4.165 durante la década de 1990. Sin embargo, esta realidad esconde un hecho nuevo: mientras que hasta el momento presente siempre se podía asociar el aumento del número de publicaciones con el crecimiento del número de alumnos, después del final de la escolarización de la multitud proveniente del baby boom posterior a la guerra, la clientela escolar aumenta mucho menos rápidamente. Observemos también que, guardada toda proporción, hay menos editores durante la década de 1990 que durante la de 1970, lo cual significa una fuerte tendencia a la concentración de la producción en algunas grandes casas, fenómeno que puede explicarse, entre otros factores, por los costes de inversión cada vez más elevados. Recientemente, el editor Guérin, uno de los mayores en este campo, evaluaba en 1.000.000 \$, la inversión necesaria para la producción de un nuevo título.

Se habrá podido comprender que el paso del Departamento de la Instrucción Pública al Ministerio de la Educación no se tradujo en un debilitamiento de la intervención de las autoridades gubernamentales en el campo del manual escolar, ni mucho menos. No solamente la política de aprobación sigue siempre en vigor sino que es ampliamente explicada en un gran número de textos destinados tanto a los editores como a los potenciales autores. Vigilancia antigua, pues, pero que responde a nuevas preocupaciones. Ciertamente, se evalúa el valor pedagógico de los manuales, pero, en una sociedad cada vez más multicultural, se escruta con lupa el marco ideológico subyacente; nos hemos vuelto suspicaces “sobre la eliminación de los estereotipos discriminatorios en el material didáctico” tanto en el apartado del racismo como del sexismo.

En el plano pedagógico, los debates sobre el puesto del manual en la enseñanza no parecen dispuestos a tener fin; así, en *Québec-français* en 2000, se plantea la cuestión: ¿Hay que “Enseñar con manual o sin él?” Pregunta tanto más actual cuanto que las nuevas tecnologías – CD-ROM e internet – invaden el

terreno de lo impreso y tienen éxito entre los principales usuarios, los niños; por lo cual el Ministerio de Educación no tiene más elección que “[entreabrir] la puerta al material digital”, siendo una de cuyas características el que ignora con mayor facilidad las fronteras que el material impreso.

Hubiera sido posible creer que con los años el consumo de los productos extranjeros llegaría prácticamente a desaparecer. Pero, nada de eso; todo lo contrario. Ciertamente, Francia e Inglaterra son cada vez menos solicitadas, pero se acude al Canadá inglés. Durante los cincuenta últimos años han circulado en las escuelas para francófonos más de cuatrocientos manuales venidos de fuera, particularmente a partir de textos editados para el Canadá anglófono, y más de la mitad de esos productos exóticos han servido para la enseñanza de las matemáticas; ya en 1967 se denuncia, en *l'action nationale*, esta dependencia calificada de anglomanía, y la práctica tiene tendencia a mantenerse; eso es lo menos que se puede decir. Triste consuelo, Quebec, al menos en parte, paga con la misma moneda; el método de lectura desarrollado en los años cincuenta por una comunidad de religiosas de Sherbrook reproduce beneficios en el Canadá Inglés, en Francia y hasta en la Polinesia Francesa y un editor de manuales escolares de Rimouski encuentra una importante salida en África francófona.

Si bien la producción de instrumentos pedagógicos está en constante progreso, no se puede decir lo mismo sobre la aportación de las comunidades religiosas y el ejemplo de los FSC lo muestra claramente: sus 181 manuales de la década de 1970 representan apenas el 5% de los títulos lanzados al mercado. Esta situación se explica a la vez por la llegada, al paisaje escolar, de numerosas casas de edición especializadas en este campo – las comunidades religiosas eran las únicas casas editoriales dedicadas esencialmente al manual escolar hasta 1945 – y por la disminución de los efectivos de las comunidades; la misma consecuencia de los grandes cambios que se realizan en la sociedad quebequesa y que se suelen identificar bajo la fórmula “revolución tranquila”. Esta disminución obliga a los FSC, por primera vez, a recurrir sistemáticamente a autores laicos, práctica rarísima antes de 1964. Y este recurso a autores externos a la comunidad religiosa tiene un efecto directo e importante sobre la rentabilidad de la edición: ¡hay que pagarlos! Se comprende fácilmente que estas reacciones en cadena conducen a los FSC a deshacerse de su casa editorial en 1985, vendiendo el fondo y las instalaciones al editor quebequés Guérin, uno de los principales editores en ese campo, en esta época.

Conclusión

La historia del manual escolar, en Quebec, así como en muchos otros países, está en sus primeros balbuceos y necesita un cambio de actitud, a saber, comprender su interés en la historia del mundo escolar. Este interés es muy reciente entre los FSC de Quebec. Publicada en 1921, la historia de la implantación de la comunidad en Québec por el Hermano Symphorien-Louis de Montreal, con más de trescientas páginas, consagra dos paginitas a estos impresos – siendo así que la comunidad es uno de los principales editores de manuales escolares – y para más, se encuentran desdibujadas en la sección de “sucesos”.

Este texto intenta despejar las grandes líneas del marco en el cual la comunidad desarrolló una de las casas editoriales más importante del manual escolar en Quebec, particularmente durante la primera mitad del siglo XX. En una etapa ulterior habrá que pensar en tales análisis en los demás países donde la comunidad ha ejercido funciones similares, antes de llegar a una síntesis global sobre los FSC como editores internacionales de manuales escolares.

En el punto de partida del análisis de un tipo de impresos, hay que contar con un catálogo: ¿es posible analizar un sector de la impresión, sea cual sea, si no se dispone de una lista fiable de esos mismos impresos? Por eso, este análisis del manual escolar se basa sobre un catálogo de 28.000 títulos de obras pedagógicas producidas en Quebec desde 1765 y que es posible consultar en Internet en la siguiente dirección: www.bibl.ulaval.ca/ress/manscol. El catálogo de los manuales escolares editados en Quebec – no sólo pero incluyendo a los FSC – puede ser consultado clicando sobre «catalogue général» mientras que el catálogo de los manuales escolares de los FSC en el mundo es accesible clicando sobre la palabra «Diaspora».

Referencias bibliográficas

- Aubin, Paul (1995). L'état québécois et les manuels scolaires au XIXe siècle. Coll. "Cahiers du GRELQ, no 2". Sherbrooke, Éditions Ex Libris, 1995. 119 p.
- Aubin, Paul (1997). *Le manuel scolaire dans l'historiographie québécoise*. Coll. "Cahiers du GRELQ, no 5". Sherbrooke, Éditions Ex Libris, 1997. 151 p.
- Aubin, Paul (2000). "La pénétration des manuels scolaires de France au Québec - Un cas-type: Les frères des Écoles chrétiennes, XIX^e-XX^e siècles", *Histoire de l'éducation*, 85(janv. 2000):3-24.
- Aubin, Paul (2001). *Les communautés religieuses et l'édition du manuel scolaire au Québec - 1765-1964*. Coll. "Cahiers du GRELQ, no 8". Sherbrooke, Éditions Ex Libris, 2001. 131 p.
- Aubin, Paul. (2004). "Les manuels scolaires en Nouvelle-France, dans la «Province de Québec» et au Bas-Canada", Patricia L. Fleming, Gilles Gallichan et Yvan Lamonde, *Histoire du livre et de l'imprimé au Canada - volume I - Des débuts à 1840* (Montréal, Les presses de l'université de Montréal, 2004):271-274.
- Aubin, Paul (2005). "L'édition scolaire au Québec", Yvan Lamonde, Patricia Lockhart Fleming et Fiona A. Back, *Histoire du livre et de l'imprimé au Canada - volume II - De 1840 à 1918* (Montréal, Les presses de l'université de Montréal, 2005):358-360.
- Aubin, Paul (2006). "Le manuel scolaire: une censure en douce - Le modèle québécois", Pascal Durand et al., *La censure de l'imprimé - Belgique, France, Québec et Suisse romande - XIXe et XXe siècles*, (s.l., Nota bene, 2006):361-377
- Aubin, Paul (2007). "L'édition du manuel scolaire au Canada français", Carole Gerson et Jacques Michon, *Histoire du livre et de l'imprimé au Canada - Volume III - De 1918 à 1980*(Montréal, Les presses de l'université de Montréal, 2007):251-253.
- Aubin, Paul (2007). "Le manuel scolaire québécois entre l'ici et l'ailleurs", Monique Lebrun, *Le manuel scolaire d'ici et d'ailleurs, d'hier à demain* (Québec, Presses de l'université du Québec, 2007):25-62.